

Inti: Revista de literatura hispánica

Number 45
Para no volver a La Mancha

Article 8

1997

Quijote hidalgo

Francisco Hinojosa

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Hinojosa, Francisco (Primavera 1997) "Quijote hidalgo," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 45, Article 8.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss45/8>

This Otras Obras is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

QUIJOTE HIDALGO

Francisco Hinojosa

Al autor de este manuscrito encontrado entre las páginas de un Quijote (Ediciones Castilla, Madrid, 1927; ilustrado por Doré, comentado por Clemencín, con un estudio crítico de Astrana Marín y encuadernado en Valencia por Ortells Ferriz) debió parecerle un sobrentendido comenzar lo con aquello de «En un lugar de la Mancha...». Independientemente de los cargos que pudieran hacerse contra él, habrá que reconocer que en efecto ése debió ser el principio, aunque no sea la región a la que se refiere.

Vivía allí un simple ciudadano de los de pantalones fofos, zapatos de charol, anteojos oscuros y chevrolet corredor. Unas latas de sardinas en aceite, dos botellas de tequila, un six-pack de cervezas, sobrecitos de alka-seltzer y café en abundancia eran casi toda su despensa. Y en el clóset, unos cuantos pantalones, otras tantas camisas, todas de estampado tropical — palmeras, manglares, tucanes, guacamayas, cacatúas —, dos corbatas de ocasión, una gabardina y un chaleco. Aparentaba los 45, pero había pasado ya de los 50; de pellejos curtidos y figura cuadrada, exjugador de fútbol americano, apasionado del dominó, afecto a las desveladas y diestro con una .22 usada que había comprado en una venta de garaje.

De nombre Quijote y de apellido Hidalgo, sus ratos de ocio, que eran casi todos, los dedicaba a leer novelas policiales, con tal aplicación que consumía dos o tres diarias, y hasta temía que se le agotaran en las librerías antes que su fervor por la lectura. Y entre todos los autores que leía, Dashiell Hammett y James Handley Chase le parecían los mejores por la elaboración de sus historias y por el estudio detallado que hacían de la psique criminal. Aunque no siempre coincidiera en ello con su ortodoncista

también inclinado hacia el género negro, a quien parecían mejores y más reflexivos el Maigret de Simenon o el sin par Sherlock Holmes de Conan Doyle. En cambio, él prefería la intuición y el empuje de Philip Marlowe o de Sam Spade, e incluso las malhumoradas diligencias de Pepe Carvalho. En fin, era tal su pasión por los libros de detectives que pasaba las noches leyendo de copa en copa y las tardes de cigarro en cigarro, hasta que la pobre alimentación, las continuas desveladas y las crudas lo embotaron y le corrieron el cassette: su juicio franqueó, las neuronas desistieron y la cabeza se le fue llenando de los actos delictivos y los episodios heroicos abrevados de los libros, lo mismo matricidios y asesinatos alevosos que hurtos inverosímiles, balas perdidas, hechos de sangre, tráfico de estupefacientes y plagios consumados. Su febril locura lo condujo a concebir la muy disparatada idea de convertirse él en detective privado para salvar al mundo de la impunidad de hampones, asesinos y malhechores, para contrarrestar los yerros cometidos por colegas diletantes, para castigar a policías corruptos y para librar de la indefensión a ciudadanos honestos.

Lo primero que hizo fue transformar su casa en una auténtica oficina de detective, con su nombre en la puerta, un escritorio viejo, un sillón para los clientes, una colección de pipas de regular calidad y un perchero. Su ya menguada fortuna la invirtió en manuales de Derecho, parque para su pistola, unas cuantas botellas de ginebra y otras tantas de lime-rose. Rescató luego el empolvado walkie-talkie de su infancia, lo limpió y le puso pilas, así como una placa de policía que había comprado en Los Angeles. Su viejo chaleco lo relleno de fibra metálica, de esa que se usa para tallar las ollas cochambrosas, y le cosió el forro con esmero para industriarse él mismo un antibalas a la medida. Es verdad que para probarlo disparó un tiro sobre él, y fue tal el agujero que le hizo que tornó a repararlo y a reforzarlo con cuanto fierro viejo y oxidado encontró en la covacha de su casa. Fuese luego a la cochera a encerar su chevrolet 59, a revisar los frenos y a limpiar los ceniceros, pues en cualquier momento, lo sabía, las óptimas condiciones de su unidad podrían ser determinantes para la resolución de un caso.

Sin más preparativos que hacer por el momento, sabía que su tardanza para entrar en acción significaba pistas que se desvanecían, hoyuelos de sangre evitables, inhumaciones de víctimas inocentes y ocio para la elaboración de planes en mentes siniestras. Y como supuso que era inútil esperar en su oficina la llegada de un caso que resolver, se hizo a la calle con su gabardina, bien ceñido el chaleco antibalas y con el seguro libre en su pistola. Se internó con el chevrolet en oscuras zonas de la ciudad a recorrer calles y callejones, plazoletas y estacionamientos públicos con los ojos avispados y atentos al menor descuido de asaltantes o al bulto de un revólver que pudiera advertirse en las espaldas de potenciales homicidas.

Cuando el combustible estaba por consumirse, y siendo casi la media noche, Quijote decidió beber una copa y pernoctar en el primer hotel que

encontrara a su paso. En la puerta de entrada, dos putas, que a nuestro detective parecieron damas indefensas a quienes podían robar sus valiosas joyas, que no eran otra cosa que collares de fantasía multicolores, miraron con simpatía la extraña figura bombacha que se les acercó con un ruidoso tintinear de fierros viejos para ofrecerles protección hasta su residencia. «Protección vas a necesitar tú, porque sin condón no hay trato», dijo la una. «Y en cuanto a la residencia», dijo la otra, «por cincuenta pesos, las dos y el hotel.» La gentileza de tan notables creaturas conmovió aún más a Quijote, quien aprovechó para presentarse como detective privado y asegurarles que con él sus vidas estaban a buen resguardo, previo acuerdo sobre sus honorarios. Confundidas, por no concebirse a sí mismas como clientes, lo increparon: «Si no vas a comprar, no hagas moscas», palabras que al investigador parecieron un cumplido más y una aceptación de sus servicios. Mas Fortuna quiso que el honesto hombre franqueara la puerta del hotel y escuchara unos gritos lastimeros que provenían del piso superior. Nervioso ante la inminencia de su primer caso, desenvainó al acto su pistola y con paso decidido subió las escaleras ante la mirada incrédula del administrador. Al llegar a la puerta de la cual emanaban las llamadas de auxilio, Quijote tomó fuerzas y con certera patada la abrió de par en par. Ante sus ojos, un hombre montaba a una mujer con evidente ventaja y alevosía. «¡Manos arriba!», gritó al tiempo que apuntaba el cañón de su revólver hacia el centro vital del agresor. Al obedecerlo, dejó al descubierto el cuerpo desnudo y sudoroso de la agredida, que no hizo el menor intento por cubrir sus intimidades, a lo que su salvador, pudoroso él, cerró los ojos para que la vendedora de sus noches pudiera echarse encima una sábana, acto que aprovechó el cliente para desarmar al detective y tumbarlo al piso. Por más que gritaba «Soy representante de la ley» e intentaba sacar su placa para mostrarla, el facineroso le propinaba una buena cantidad de patadas y golpes y profería insultos a mares. Luego de un buen rato de castigo, Quijote fue arrastrado escaleras abajo y depositado en la calle. Un hilito rojo le escurría por entre las comisuras de los labios.

Una hora y treinta y siete más tarde, Quijote despertó maltrecho y adolorido. Las puertas del hotel estaban cerradas y junto a él, de pie, un guardián del orden recién egresado de la Escuela de Policía le picaba las costillas con la punta de la bota. Luego de comprobar que le habían hurtado su pistola y el poco dinero de que disponía, Quijote se incorporó para presentarse ante el uniformado como detective profesional, explicar someramente la situación por la que había atravesado y con voz autoritaria ordenarle que preparara su arma para que ambos entraran al hotel a rescatar a la dama y a recuperar sus pertenencias robadas. Aunque con la duda bien calzada acerca de la cordura de su interlocutor, el policía desfundó su pistola, más dispuesto a jugársela en una hazaña valerosa que le significara un rápido ascenso en la Organización que a batallar contra un chiflado.

Como llamaran repetidas veces a la puerta sin ser escuchados, Quijote pidió el arma al servidor público y dio un disparo a la cerradura, tal como había leído que tantos detectives hacían, a fin de que cediera a sus pasos. Quiso la suerte que la bala no sólo diera en el blanco, sino que fuera luego a rebotar en una de las tuercas que entrechocaban en el interior del chaleco. La puerta se abrió, y tras ella pudo verse al administrador del hotel que amenazaba con llamar a la policía, pero al ver al uniformado advirtió que su amenaza carecía de sentido. Sin perder tiempo, Quijote se lanzó escaleras arriba en pos del agresor, pateó nuevamente la puerta del cuarto y, para su fortuna profesional, encontró el cuerpo desnudo e inmóvil de la mujer que apenas hacía un rato había tratado de salvar de las garras de un maleante depravado.

— ¿Dónde está el asesino? — gritó Quijote al presunto encubridor —. ¡Carajo! — añadió para ser más convincente, y seguro de que la rudeza de un Mike Hammer le iba a redituar mayores beneficios que la educación de un Hércules Poirot.

Como el administrador no atinara a decir palabra hasta saber si soñaba o no, el detective lo empujó contra la pared y le puso el cañón entre las cejas.

— No tengo la menor idea de quién sea ni adónde haya ido — contestó apresuradamente, temeroso de que la mano que portaba el arma no fuera del todo confiable —. Era la primera vez que lo veía. Lo prometo, lo juro, lo recontrauro.

— ¿Y la mujer? preguntó Quijote sin dejar de encañonarlo.

— ¿La Pantera Verde...? Así le dicen...

— Necesito la dirección de sus padres. Es nuestro deber notificarles su infortunado deceso.

— Sólo conozco su apodo... Quienes pueden decirle más sobre ella son Nacha y La Pescada, ¿las recuerda?, las mujeres con las que no pudo ponerse de acuerdo. Puede encontrarlas más tarde. Hacen la calle en la esquina de Lope y Cervantes.

Quijote sintió alivio al ver que había logrado hacer que el administrador desembuchara al menos parte de la información necesaria para iniciar su trabajo. Dio unas cuantas indicaciones al policía para que buscara pistas y, antes de dejar el hotelucho, anunció que más tarde se ocuparía de llamar al médico forense y a las autoridades competentes. La única pista encontrada en el lugar de los hechos fue un trozo de tela blanca que la víctima había apresado entre las manos. Era sólo una pieza que había que encajar, a la manera de Perry Mason, en el rompecabezas del delito.

— En apariencia — explicó Quijote una vez que estuvieron fuera del hotel — se trata de un caso muy simple, mi querido Watson.

— Mi nombre es Ciprián Escajadillo, señor — corrigió Watson.

— Veo que no eres versado en esto de la investigación policiaca, así que tendrás que creerme y, por lo pronto, dejarte llamar Watson. Como te decía, éste es un caso que parece de sencilla resolución. Sin embargo,

cuando se trata de asesinos profesionales, mi experiencia dice que las cosas suelen complicarse y guardan siempre una sorpresa para el final. Por eso habrá que andarse con cautela. Antes que nada habrá que interrogar a un informante. ¿Tienes alguno?

— No — respondió extrañado —, la verdad no sé muchos de eso...

— Despreocúpate, lo encontraremos muy pronto — dijo el detective, y más tardó en decirlo que en fijar la mirada en un viejo que dormía en un zaguán —. Hélo allí, ante nuestra vista, porque he de confiarte que las muchas lecturas me han hecho comprender que nadie sabe más de lo que pasa en la calle que quien vive en ella.

Con la placa de policía angelino en una mano y el walkie-talkie en la otra, Quijote despertó al vago y lo inquirió sobre el paradero del asesino.

— Un hombre con una cicatriz en el pecho — empezó su retrato hablado —, de cabellos largos, bigote espeso y, seguramente, con una camisa blanca a la que le falta un trozo como éste — y le mostró al vagabundo su preciada evidencia.

Por creer que se trataba de una chanza y por continuar a la brevedad su sueño, el viejo fingió hacer memoria y mencionó el nombre de don Chema Torales, dueño del molino de nixtamal ubicado en la contraesquina y a quien le debía desde hacía tiempo una broma pesada.

Satisfecho de sus pesquisas, aunque receloso por la facilidad con la que se estaban dando, Quijote empuñó la pistola dentro de la bolsa de la gabardina y anunció a su aprendiz que el fin de su misión, para su desgracia, se hallaba demasiado cerca.

Una larga fila de niños, mujeres y obreros esperaba turno para comprar sus tortillas en el molino. Pese a los insultos recibidos por quienes estaban formados, el detective y su discípulo se introdujeron en el negocio con alarde de confianza en sí mismos. Al fondo se encontraba el que parecía dueño del local. Antes de que tuviera tiempo de darse cuenta de lo que pasaba, el detective lo amagó con la pistola.

— ¿Chema Torales? — le preguntó.

Como se quedara mudo ante la súbita irrupción de tan singulares personajes, que parecían más extraídos de una tira cómica que seres de carne y hueso, Quijote dedujo de su silencio que quien calla otorga, y sin averiguar más le anunció que estaba detenido y acusado del asesinato de la Pantera Verde.

— Pero éste no tiene bigote — dijo Watson al investigador —, ni usa el pelo largo, es más, está casi calvo.

— Veo que muerdes anzuelos con carnada barata — respondió Quijote con calma, y a continuación decir lo que ya le picaba en la lengua: pudo — Elemental, mi querido Watson: este hombre ha querido despistarnos cortándose el pelo y el bigote.

— Pero bien podría no ser él — arremetió el ayudante en un momento de sensatez.

— Sabría reconocer la mirada de un culpable entre una multitud de sospechosos.

En lo que alegaban, don Chema — padre de cinco creaturas y honesto comerciante — se recuperó del susto inicial y se dispuso a sacarlos de su evidente equívoco. Mas la Fatalidad, que acude cuando menos se le espera a hundir al nadador más diestro, dispuso que un movimiento inesperado, que a nuestro detective pareció ofensivo, y que no era a ciencia cierta sino la intención del buen hombre de buscar en su bolsa una fotografía familiar que los convenciera de su calvicie y su honorabilidad, lo hiciera jalar del gatillo. La primera bala penetró en el ombligo y la segunda ingresó en el cráneo.

El estruendo de la pólvora dejó mudo a Watson por unos instantes. Cuando al fin pudo recuperar la voz volvió a dudar acerca de que el hombre que yacía en el piso era el mismo que había victimado a la Pantera Verde. Viéndose tras las rejas para purgar una condena que no merecía, expuso sus temores ante su jefe, a lo que éste respondió:

— ¿Dónde has visto o leído que un detective sea puesto a la sombra por más homicidios que haya cometido? Además, si así fuera, recuerda que la difícil vida de un investigador está llena también de yerros que muchos inocentes pagan con sus vidas.

Diciendo esto, y ante los gritos de la señora que atendía el molino y las miradas de los curiosos que empezaban a entrar al local, Quijote anunció que se encargaría de llamar al médico forense y a las autoridades competentes para que terminaran el trabajo que él había comenzado y al que sólo faltaba poner el punto final: dar aviso a los familiares de la víctima, tanto del lamentable suceso como del triunfo de la Justicia.

Nacha y la Pescada exponían sus bien dotadas piernas ante la mirada de los transeúntes cuando Quijote y Watson, a bordo del chevrolet, las invitaron a abordar. Desde la ventanilla, una reconoció a Quijote y le preguntó si ya se había decidido, aunque en cuanto vio al desaliñado acompañante que iba con él añadió que con policías no había trato, mientras que la otra prefirió divertirse: «Desde anoche nos han intentado robar no menos de diez veces nuestras joyas».

— Mataron a la Pantera Verde — dijo a boca de jarro Quijote.

— ¡Pobrecita! — se burló Nacha —. Tan bien que se veía viva.

— Y hemos acabado con su asesino — continuó el detective, al parecer sin percatarse de las burlas de sus interlocutoras.

— Fue él — se defendió Watson —, él lo mató...

— Necesitamos saber dónde viven sus padres para darles aviso. Es nuestro deber...

— ¿Y por qué no le preguntas mejor a ella? Con un poco de suerte te contrata de guardaespaldas. Mírala, está allá. — Y La Pescada señaló hacia la esquina contraria justo en el momento en que la Pantera Verde había conseguido un nuevo cliente.